

CAPITULO VIII

POLÍTICA AMERICANA

El pueblo norte americano se consideró siempre como un pueblo providencial.—Profecía de Berkeley.—Imprecación de Bancroft.—Alocución del Congreso á los Estados.—Proclamas de Washington.—Circular de Maddison.—El Federalista.—Hamilton y Wilkinson.—Discurso de Webster en 1826.—Jubileo de la Constitución en 1831, discurso de J. Q. Adams.—Bancroft.—El Filibusterismo, su significación.—Política de no intervención.—Sentido político del pueblo americano.—Su humanitarismo.—Los Estados Unidos y Francia.—Chateaubriand quiere levantar á la Europa monárquica contra los Estados-Unidos.—Monroe contesta á Chateaubriand.—Doctrina de Monroe.—Política de intervención.—Es desechada en América.—Tiene muchos partidarios en Europa.—Los Estados-Unidos y Alemania.—Discurso del general Grant.—Conclusión: Hayes, Garfield y Claveland y el principio fundamental de la política americana.

PUESTO que hay una idea americana ha de haber una política americana, esto es indudable; veamos, por tanto, cuáles son los fundamentos y principios de esa política que tan cara ha costado á algunos ambiciosos de Europa que, á buen seguro, de conocer su punto de partida, no hubieran temerariamente desafiado su acción.

Sorprende desde el primer momento en que se abre la historia de los Estados-Unidos, el serio convencimiento de todas las clases sociales en punto á considerarse un pueblo providencial; ni los judíos, ni los mahometanos estuvieron jamás tan convencidos como ellos de su misión en la tierra.

En los primeros días de la colonización, lo mismo que en los oscuros y calamitosos días de la guerra de independencia, siempre se sintió el pueblo americano animado de una fuerte creencia en su triunfo;

nunca temieron ver fallida su empresa; los americanos veían escrito en todos los accidentes de la lucha el «Dios lo quiere» que arrojó á los Cruzados á Palestina. Así, pues, ni les ensoberbecían las victorias, ni les descorazonaban las derrotas; las victorias no eran más que recompensas de la Providencia, por su rectitud y constancia, y por su fe en ella; las derrotas no eran más que las pruebas á que les sometía la misma Providencia para aquilatar su fe y su constancia, y para asegurar su porvenir. La rara energía del pueblo americano, su perseverancia, su paciencia, no tienen otro principio, así en cuanto emprende y hace, ve más bien que la mano de sus grandes hombres de Estado, la de la Providencia. En Europa no se ha estudiado aún este punto, aquí no se ha visto en Norte América más que un pueblo materialista, comerciante, sin idea histórica y sin ideal.

Sin embargo, el pueblo americano tuvo también sus profetas; Berkeley le decía en 1730:

Westward the course of empire takes its way;
the four first act already past
a fifth shall the drama with the day;
time's noblest offspring is the last.

«Hacia Occidente va el imperio del mundo. Los cuatro primeros actos han ya terminado. El quinto cerrará el drama con el día. El más noble pacto del tiempo es el último.»

Profecía de poeta,—que son los profetas del tiempo moderno,—pudieron decir sus contemporáneos, pero profecía al fin que el tiempo se ha encargado de justificar. Mientras en Europa, á pesar de Locke, Voltaire y Rousseau, los enciclopedistas, los filósofos y la revolución, vamos buscando desde el siglo XVIII reposo, tranquilidad, sosiego y asiento indestructibles para nuestras libertades y progreso, el pueblo americano hijo de Europa y de sus ideas filosóficas y políticas, hace ya un siglo que marcha de progreso en progreso al cumplimiento de sus destinos. Los que para rebajar la gloria del pueblo americano se complacen en recordar que su civilización es nuestra, europea, que sus ideas filosóficas políticas son también europeas, no han comprendido nunca la profunda amargura que encierra la imprecación de Bancroft contra Locke:—«¡Qué Dios no hubiese hablado á la alma de Locke para sustraerla á las costumbres establecidas en Inglaterra! ¡Que su poderosa inteligencia se humillara ante la seductora influencia de Shaftesbury!»

Léanse cuantos documentos se publicaron por el Congreso general de las trece colonias en el período de discusión en la madre patria, léase la *Declaración de Independencia*, en todos ellos se encontrará siempre un párrafo implorando la protección de Dios; en todos se dice: «que el pueblo americano pone toda su confianza en la protección de Dios.» Así en la alocución con que se acompañó á los Estados el proyecto de Confederación, les decía el Congreso que:

«Sin la adopción de dicho proyecto, pronto perderíamos la independencia y la libertad, beneficios inapreciables que, por la justicia de nuestra causa y el favor del Todopoderoso, que visiblemente nos protege, tenemos derecho á esperar.»

Washington, en todas sus proclamas y órdenes del día, ya anunciara una victoria ó una derrota, á la Providencia refería su situación; para Washington, sus victorias y sus derrotas fueron siempre hechos providenciales. Cuando terminada la guerra

dirigió á los gobernadores de las trece colonias la carta circular de que en otro lugar hemos hablado, les decía:

«Los ciudadanos de América.... pueden considerarse en virtud de la paz, absolutamente libres é independientes; y puede desde ahora considerárseles como actores que van á figurar en un teatro más espacioso, designado por la Providencia para que en él pueda desplegarse la grandeza humana.»

Al tomar posesión de la presidencia por primera vez, dijo en el discurso que pronunció ante el Senado y el Congreso reunidos:

«... Al elevar al Autor de todo lo creado mi ferviente súplica, seguro estoy de merecer la aprobación no sólo de vosotros sino también la de mis conciudadanos, pues ningún pueblo como el de los Estados-Unidos reconoce y respeta la mano invisible que dirige los destinos de los hombres. A cada paso que hemos dado para proclamarnos Nación independiente, siempre nos ha favorecido la Providencia de un modo ú otro...»

Si continuásemos citando los documentos en que Washington reconoce en la marcha de los sucesos, y en el modo de ser de los Estados-Unidos la acción providencial, sería cosa de no acabar nunca; pero lo que interesa á nuestro punto de vista hacer constar, es la unanimidad de opiniones entre todos los grandes hombres de la independencia americana. Cuando en 1783 en el período más crítico de la Confederación se dirigió el Congreso á los Estados pidiéndoles recursos para enjugar la deuda, les decía en una circular escrita por Maddison:

«Acordáos que el orgullo y la gloria de América se ha fundado siempre en la idea de que los derechos por los cuales ha combatido son los derechos de la humanidad. Gracias á la bendición del Autor de esos derechos, han triunfado de toda resistencia... Jamás ha habido, y jamás habrá mejor ocasión para que un gobierno republicano se justifique por sus frutos. Desde este punto de vista los ciudadanos de los Estados-Unidos son responsables del más precioso depósito que jamás se haya confiado á una sociedad política. Si la justicia, el honor, la buena fe, la gratitud y todas las demás virtudes que ennoblecen á una nación son el fruto de nuestras instituciones, la causa de la libertad recibirá un lustre y esplendor que no ha hallado aún en parte alguna; habremos dado un ejemplo que ejercerá la más favorable influencia sobre los derechos del género humano.»—«Mas si el gobierno se contagia con los vicios contrarios á estas virtudes, la gran causa que nos hemos encargado de defender será deshonrada

y traicionada; la última y la más bella experiencia hecha en favor de los derechos del hombre se volverá contra nosotros; los defensores y los amigos de la libertad serán escarnecidos y reducidos al silencio por los seides de la tiranía y del despotismo.»

Con esta elocuencia hablaron seis años antes de que resonara en Europa la voz de Mirabeau, los revolucionarios americanos. ¿Si no hablaba á su alma, la voz de Dios,—se decían,—cómo imaginar que un pueblo oscuro, sin grandes tradiciones, alejado de Europa por toda la inmensidad de un Océano, sin escritores que llevaran por los cuatro ángulos del mundo su nombradía, llegara á convenirse de que era el pueblo predestinado, la esperanza del mundo, como dice Bancroft? Cuanto más se reflexiona y estudia este punto, tanto más resulta evidente este punto de partida de la política americana.

No se consideraba grande el pueblo de los Estados-Unidos por haberse emancipado de Inglaterra, ni por haber constituido su unidad nacional; nótese bien lo que dice Maddison: «No hemos combatido por nuestros derechos sino por los derechos de la humanidad.» Si este lenguaje se hubiese usado cuando la revolución francesa ó después de ella, pudiera creerse que la idea emitida por Maddison era hija de la presunción ó vanidad americana, de la idea de haber influido los Estados-Unidos en primer término en la revolución democrática de Europa; pero llamarse los defensores de la humanidad, cuando la revolución no ha forjado aún sus rayos, cuando la monarquía absolutista se defiende con la Bastilla, cuando aún no hay en Europa republicanos, había de parecerles más tarde, evidente, el que, si no gozaban del dón de la adivinación los fundadores de la libertad americana, obraban evidentemente á impulsos de la Providencia.

Veamos, empero, si la profunda inspiración de Washington y de Maddison es efecto de su temperamento ó educación, ó si su lenguaje es mero artificio retórico, ó si es que llegaron á entrever los altos destinos del Norte América, siguiendo por aquel ciego y fatal camino que llevó á uno de nuestros más afamados poetas á dudar de las virtudes de la ciencia.

Tocaban ya á su término los tristes días de la guerra de Independencia y de la anarquía de la Confederación, ya la Convención de Filadelfia había terminado su obra, ya no se trataba, pues, más que de hacer adoptar ésta por los Estados, y Maddison, Hamilton y Jay se pusieron á escribir *El Federalista* para facilitar esta empresa, cuando Hamilton escribió

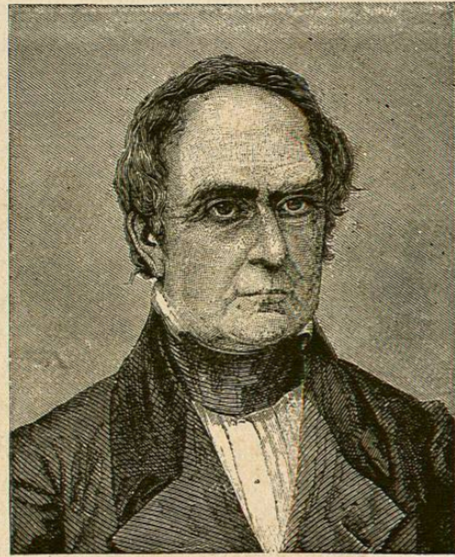
en dicho diario que con la adopción:—«Trátase de la existencia de la Unión, de la seguridad y prosperidad de los Estados, de la suerte del imperio más interesante del Universo, puesto que parece reservado á América decidir la gran cuestión de saber si los hombres son capaces de darse un buen gobierno por reflexión y por elección, ó si están condenados á recibir eternamente su gobierno del azar y de la fuerza. Si nosotros nos equivocamos, nuestro error será fatal á todo el género humano.» Wilkinson decía á su vez obedeciendo al mismo sentimiento:—«Cuando contemplo nuestro sistema me pierdo en la admiración de su grandeza. Con la adopción de nuestro gobierno elevamos templos á la libertad por toda la tierra. Del éxito de América, de ese combate por la libertad, dependen los esfuerzos de todos los hombres animosos é ilustrados que hay en otros países. Las ventajas no se limitarán á los Estados-Unidos, arrastrarán en Europa á los nobles corazones de los que suspiran por la libertad. Para conservar sus súbditos se verán obligados los príncipes á devolverles una parte de sus derechos que les habían robado hace ya muchos siglos. Nosotros serviremos de esta suerte los designios de la Providencia, favoreciendo la multiplicación de los hombres, su progreso, su inteligencia y felicidad.»

Dejemos la época heroica del pueblo americano; vengamos á días más prosáicos, cuando la voz de Calhoun había ya resonado sosteniendo la teoría del derecho de los Estados á separarse de la Unión; Webster, el gran orador y su contrincante, decía en el discurso que leyó el 2 de Agosto de 1826 en Boston con motivo de las honras fúnebres de Jefferson y Adams:—«La altura á que nos hemos elevado, y el lugar que ocupamos en el mundo, es una cuestión que no debemos omitir aquí; ni los hombres ni las naciones, pueden cumplir debidamente la misión á que están destinados, si no comprenden su importancia y saben cumplir sus deberes. No es deseo de infatuar la vanidad nacional, ni tampoco el de acrecentar vuestro orgullo, sino el de haceros comprender cuál es vuestra situación entre las demás naciones de la tierra, lo que me obliga á dirigiros la palabra en este sentido. Nadie puede negar que en América ha comenzado una nueva Era que se distingue por su gobierno representativo, por su libertad religiosa, por su sistema de relaciones internacionales, por su espíritu de investigación que distingue á nuestro pueblo, y por esa difusión de los conocimientos humanos á que se deben los rápidos progresos del país. América tiene ahora grandes intereses que defender, y advertid que nuestro deber

es hacerlo, pues cuando aquellos se pierdan será inevitable nuestra ruina.....» «Si practicamos la virtud y los principios de nuestros padres, *el cielo nos ayudará á llevar á cabo la obra grandiosa que nos está encomendada.*»

El último de los federalistas J. Q. Adams, después de reseñar en 1831, cuando el jubileo de la Constitución, la obra de la guerra de la Independencia, y la obra constitucional de los fundadores de la Unión, decía:

«Esto es lo que nuestros padres, guiados por el Dios que juzga en la Tierra, y penetrados de la sagrada misión que se nos confiara para conservar las



WEBSTER

«Un concurso se ha abierto en París para estudiar *la influencia probable del Nuevo Mundo sobre el viejo*, pero ninguno de los concurrentes ha dado con la verdadera solución. Todos la han buscado en el comercio, en las minas, en las producciones naturales; deberían haberla buscado en las revoluciones como consecuencia de la fuerza moral. Los colonos griegos fundaban ciudades libres y prósperas, y al siguiente siglo cada metrópoli envidiaba la felicidad de sus hijos, imitaba esas instituciones y expulsaba á los reyes. Los colonos americanos han construido sus instituciones sobre la libertad popular, y de esta suerte han ofrecido un ejemplo á las naciones. Estos plebeyos desterrados, estos emigrantes anglo-sajones, eran *la esperanza del Mundo.*»

*
*
*

Creemos que bastan los ejemplos citados que po-

libertades á sus hijos, se atrevieron á decir y á hacer *proclamar la libertad por toda la tierra y para todos los habitantes*; tal es el significado del texto de la Escritura, escrito en la campana de la torre de la Casa de la ciudad de Filadelfia, campana que repicó alegremente el día 4 de Julio de 1776, y ha continuado repicando, y continuará haciéndolo un año tras otro, y por la gracia de Dios hasta la consumación de los siglos.»

Y para terminar trasladaremos aquí la opinión del gran historiador americano, del ilustre Bancroft, que cerrará magníficamente este período de nuestro trabajo:

dríamos multiplicar hasta el infinito, para que se vea cómo persiste en el pueblo americano una creencia que por fuerza ha de llevar á su política una acción enérgica y vigorosa.

El pueblo que cree cumplir en la tierra una misión providencial, que se siente poseído de esta idea, no vacila una vez ha emprendido su camino; sigue directamente por él sin mirar nunca atrás; los partidarios de la política rectilínea no pueden encontrarse más que en América, entiéndase bien, en los Estados-Unidos. Su misión es la de predicar la libertad por toda la tierra y para todos los hombres; para cumplirla, no ha vacilado el pueblo americano en hacer los más grandes sacrificios, su idea política, no puede ser la de su hegemonía sobre la América ó el mundo entero; si alguno de sus presidentes parece que desmiente nuestra afirmación, examinemos con cuidado las conquistas territoriales de los anglo-americanos en Méjico, y se verá que

obedecieron, no á una nueva idea política, sino á intereses de partido, á los que parece haber puesto perentorio término la guerra de separación. Véase sino las agrias y difíciles discusiones del Congreso de la Unión, siempre que se ha tratado de un ensanche de territorio ó de la admisión de un nuevo Estado en la república.

Los filibusteros de Walker que tan desastroso fin tuvieron en Nicaragua, no eran los representantes de una idea política sino de ese espíritu aventurero que forzosamente ha de existir en un pueblo que, hacha en mano, entrega un mundo entero á la civilización y á la cultura universal. Si el pueblo americano hubiese resueltamente afirmado el principio de esa política de aventuras y de conquistas que enal-

tecían los esclavistas, ó si hubiera fundado su idea política en la de la hegemonía americana, los que desafiaron á Inglaterra y lucharon con ella, apenas cicatrizadas las heridas de la guerra de independencia, no hubiesen vacilado en llevar á las colonias insurrectas del Sud América que España no podía retener en la obediencia por la fuerza, el peso de su robusto brazo; y sin embargo, en aquellos días ni siquiera soñaron los Estados-Unidos en declarar la guerra á España. La política pacífica y de no intervención en los asuntos extranjeros preconizada por Washington, tuvo y conservó todo el ascendiente en aquella tan difícil época, cuando nuestra evidente debilidad podía hacer fácil y brillante el papel que otros tomaron hipócrita y púnicamente, al hacerse



Nueva-Yorck, en 1746, visto del lado Este

los protectores de la independencia del Sud de América. En una palabra, para convencerse del sentido político del pueblo americano en este punto no hay como recordar la actitud que tomó la gran República cuando la célebre agitación que dió por resultado el ridículo Congreso de Panamá.

Por otra parte, ¿podía un pueblo que se da por el brazo ejecutor de los altos designios de la Providencia en nuestros días, resucitar la idea monárquica y absolutista de Carlos V y de Napoleon I, la idea de la monarquía ó del Imperio universal? Y no se diga que si no tuvo esa idea fué porque situado al otro lado del Océano había de serle muy difícil realizar los sueños del que murió arrinconado y aborrecido en Yuste ó del Proteo que Inglaterra amarró en la roca de Santa Elena, porque de interpretar la idea providencial de su misión como éstos, ¿qué idea, ni qué ejército le hubiera cerrado el paso al cruzar el Mississipi, cuyo límite respetó hasta que dejó de serlo por voluntad de España?

En Europa, donde á duras penas puede restau-

rarse la idea liberal, los hombres providenciales ó que así se han creído, no han visto más que la fuerza de los ejércitos, la fuerza de la reacción, nunca la fuerza de una idea. Carlos V ensangrentaba á Europa en nombre de la Edad media; Napoleon en nombre de los intereses de su familia. El pueblo americano, mecido en su cuna por el espíritu filosófico del siglo XVII, educado por las corrientes liberales del siglo XVIII, no vió, ni ha visto hasta hoy en la fuerza un instrumento de fuerza y de progreso, y siempre ha prohibido su empleo hasta para hacer el bien; realmente convencido de su misión providencial, nunca ha imaginado que la Providencia humana sea un cañón ó una carga de caballería; el pueblo americano ha visto la mano de la Providencia allí donde los pueblos europeos no ven más que los delirios de los filósofos ó las extravagancias de la demagogia, en el fondo de ideas religiosas, morales y políticas que han informado su espíritu y nación de una manera tan opuesta al sentido europeo.

Un pueblo ideólogo, y aunque á muchos cause